

El hijo

Saltó al amanecer, tallo del alba,
como un pájaro alegre y encendido,
y revuelve la casa, bullicioso,
en un infatigable torbellino,
rompiendo cuanto alcanza con la mano,
desde el florero a los pacientes libros.

Maravilloso iconoclasta, todo
arranca de su quicio,
alternando las risas con las lágrimas,
en su mundo caótico y magnífico.

Ya viene y me da un beso que me ensucia,
lleno de barro, en candoroso ímpetu;
ya vuelve a consolarse, desolado,
por crueldades del suelo o del martillo.

Ya serenado, con cualquier asunto,
madera o barro, fabricante lírico,
se queda silencioso largo rato,
¡vaya a saber del sueño en qué caminos!

Y así, divinamente tumultuoso,
divinamente enloquecido,
por todos los rincones de la casa
bulle y palpita el ardoroso niño.

Y cuando el día apaga sus tormentas
y se acerca la noche con sigilo,
como un pájaro vuelve, derrotado,
buscando el pecho paternal, su nido.

Maduro de cansancio
se me queda dormido;
hay en su cara una sonrisa de agua,
una luz de ternura y de infinito.

Entrelazados, como tronco y rama,
siento la eternidad de este cariño
que irá multiplicándose en la vida
a través de los siglos.

Y un extraño dolor me sobrecoge,
nueva punzada en mi costado herido:
me duele la esperanza, y el ensueño,
el futuro de todos mis caminos.

Me duelen corazones que no laten
todavía en el tiempo. Sufro el grito
de días venideros, y la angustia
de no sufrir ese dolor yo mismo.

¿Qué es este adolecer que me acongoja,
sufrir por no sufrir nuevos martirios,
en este renacer de entre la muerte,
abrazado a las alas de mi hijo?

¡La eternidad será como esta dulce
angustia de sentirse renacido
y atormentado en numerosas vidas,
con la insomne ilusión y el amor vivo!

¡Quién pudiera expresar lo que se siente
cuando en los brazos se nos duerme el hijo,

apretándose al pecho
en un tibio alentar de rosa y nido!

¡Quién pudiera cantar este consuelo
del corazón ya redimido,
cuando en la mano ruda
tenemos la del hijo,
como una flor, o como un pájaro,
y fluye la ternura, caudalosa,
del hontanar más íntimo!

¡Dame, Vida, la buena dulcedumbre,
la palabra madura de sentido,
para cantar el sublimado vuelo
del corazón definitivo!

¡Si por algo quisiera ser poeta
es por lograr este prodigio!